

as, a aquel trabajo es el más extraordinario ejemplo de prudencia y reflexión que pudiera dar un muchacho de tan pocos años.

III.

Acababa de cumplir catorce, y aún no había terminado sus estudios, cuando se concibió un proyecto que estuvo á punto de cambiar todos los destinos de su vida.

Ya se ha hablado de sus inclinaciones militares, que seguramente se asociaban en su espíritu infantil con sueños de gloria. Más de una vez, oyendo hablar de escuadras y combates marítimos, viendo los buques de guerra que solían anclar en el Potomac, y contemplando el gallardo porte de los oficiales de marina, había dejado escapar, no obstante su natural reserva, chispas de entusiasmo por la carrera de marino. Su hermano Lorenzo, que le amaba como un padre y tenía también marciales inclinaciones, quiso darle gusto. El suegro de Lorenzo, señor Fairfax, que había sido soldado en su juventud y aún dicen que había tomado parte en la expedición de Cartagena, favoreció aquellos deseos. La carrera de marino era por otra parte un elemento de fortuna y de gloria, y era siempre un grande honor para un colono de América pertenecer á la marina británica, por aventajada que fuese su posición, como lo era sin duda la de los Washingtons. En suma, obtuvieron un nombramiento de guardia-marina para Jorge, después de alcanzar también el consentimiento de su madre para que se embarcara. Ya estaba todo dispuesto para la partida: un buque de guerra esperaba en el río al doncel, y aún dicen que ya su equipaje estaba á bordo. La despedida era lo único que faltaba.

A última hora el corazón de la madre se rebeló contra la ejecución de aquel proyecto. Era su hijo mayor, su consuelo, su esperanza, el futuro protector tal vez de sus otros hijos pequeños; no tuvo valor para separarse de él, entregándole á los trabajos y peligros de una profesión tan dura: faltaronle por completo su entereza y su energía: instó, representó, y el proyecto fué aban-

donado. El corazón de María Washington fué entonces un corazón profético, como lo es casi siempre el corazón de las madres.

Un año después de esto, es decir, en 1747, JORGE puso término á sus estudios. Tenía entonces quince años; y era ya un guapo mozo, tan desarrollado de cuerpo como de espíritu, alto, esbelto, y de gentil presencia, con el candor de niño, el vigor de joven y la prudencia de anciano.

IV.

A los que hayan leído los párrafos anteriores, y más todavía á los que por otras lecturas tengan idea del carácter de Washington, tan sério, tan juicioso, tan dueño siempre de sí mismo, tan sereno y frío al parecer y tan ageno á toda impresión poética y romántica, les parecerá imposible lo que vamos á contar ahora. El hecho es que JORGE, antes de cumplir quince años, y siendo todavía estudiante, estuvo enamorado de una beldad desconocida, y que aquel amor fué desgraciado, perturbó su espíritu y amargó sus días durante algún tiempo. No dejan de esto duda alguna ciertos pasajes ó borradores de su puño y letra que se han encontrado en uno de sus cuadernos de estudios y ejercicios escolares. Allí se vé que el objeto de su pasión era una belleza de la llanura ó tierra baja (*lowland beauty*), y se vé también, para mayor asombro de los lectores, que más de una vez intentó expresar en verso sus amorosas ansias; malos versos, por supuesto, de ideas triviales y comunes, en que habla de su *pobre corazón herido por las flechas de Cupido*, y de la *mujer sin piedad que no se compadece de sus dolores*.

¿Por qué fué aquella pasión desgraciada, y quién fué el objeto de ella? No se sabe. Quizás la adorada belleza no hizo caso de JORGE, y le trató como á muchacho de la escuela. Acaso, y es lo más probable, nunca se atrevió á declarar su amor, como que siempre fué taciturno y sobremanera encojido con las damas. Cabe también en lo posible que todo fuera pura ficción, siendo bien sabido que los poetas, y los que no lo son, suelen fingir amores y desdenes para can-

tarlos en sus versos. Esto último, sin embargo, aunque cabe en lo posible, no es lo probable, porque la manera en que habla Washington de su pasión amorosa, testifica que la sintió de veras; y aún dice la tradición que el objeto de ella fué una señorita Grimes, de Westmoreland, que fué después madre del general Enrique Lee, á quien quiso mucho Washington; probablemente, dicen los biógrafos, en memoria del tierno sentimiento que la madre le había inspirado en sus años juveniles.

"Apenas puede uno concebir á Washington, dice Irving, al frío, impassible y juicioso Washington, el gran campeón de la libertad americana, consumiéndose de amor en los días de su adolescencia, exhalando ardientes suspiros, y borroneando gemebundos versos por las arboledas de Mount Vernon. Celebramos, sin embargo, esta oportunidad de penetrar en sus sentimientos íntimos, y de ver que bajo su estudiado decoro y reserva tenía un corazón de carne que latía con los ardientes impulsos de la naturaleza humana."

V.

Desde antes que JORGE terminara sus estudios, solía pasar algunas temporadas en Mount Vernon; pero después aquellas temporadas fueron más largas y frecuentes. Durante ellas contrajo muy amistosas relaciones con la familia Fairfax, emparentada ya con su hermano, como se ha dicho, y aquellas relaciones ejercieron grande influencia en su destino futuro.

Guillermo Fairfax, el suegro de Lorenzo, había pertenecido al ejército en su juventud, había corrido extrañas aventuras, era hombre de mundo, manejaba las inmensas posesiones que tenía en Virginia su primo Lord Fairfax, y vivía espléndidamente en su hermosa finca de Belvoir, á corta distancia de Mount Vernon, río abajo, y en la misma orilla, siendo la alegría de su casa y el más bello adorno de su hacienda, una familia numerosa y bien lograda, que unía á la franqueza de la vida del campo la cultura y el refinamiento de las antiguas familias inglesas. El hijo mayor del Sr. Fairfax, llamado Jorge

Guillermo, se casó por aquellos días con una hija del coronel Carey, de Hampton, y llevó á la casa de su padre á su esposa y á una hermana suya. La presencia de aquellas dos jóvenes en Belvoir aumentó los encantos de aquella residencia.

Hay constancias del influjo que ejerció en el espíritu de Jorge Washington el trato con aquella familia, y estas circunstancias se encuentran también en uno de sus cuadernos de estudiante. Véanse allí borradores de cartas dirigidas á varias personas. En una de ellas dice que su estancia en Belvoir sería placentera con la presencia de una señorita *muy agradable* que vivía en misma casa, si no fuera porque aquello mismo renovaba su primera pasión; y en otra carta dice terminantemente que la señorita *agradable* era la hermana política de Jorge Fairfax, cuya compañía era un gran consuelo para sus amarguras.

De todas maneras, y prescindiendo ya de aquellos malogrados amores, las relaciones de Jorge Washington con la familia Fairfax debieron contribuir mucho á dar á su porte y sus modales aquel aire de distinción y aquel tono de grave y correcta elegancia que siempre se notaron en él, y que no habrían sido mayores aunque se hubiera educado en las cortes más refinadas de Europa.

Vivía entonces en la casa de W. Fairfax su primo el Lord. Era este un caballero hercúleo, de edad como de sesenta años, de elevada estatura y proporciones atléticas, que había cursado en la universidad de Oxford, había pertenecido al ejército sirviendo en un cuerpo de caballería, había figurado en los círculos más elegantes de Londres, y hasta había adquirido cierta reputación literaria escribiendo uno ó dos artículos para el *Espectador* de Adisson, que tuvo gran boga en Inglaterra por ese tiempo. Un amor malogrado le había disgustado de la sociedad y cambiado sus costumbres. Había estado años antes en Virginia para ver las inmensas propiedades que tenía allí, heredadas de su madre, hija de Lord Culppeper, uno de los primeros gobernadores de Virginia, á quien se las había concedido Carlos II;

y acababa de volver á América, resuelto á pasar en ella el resto de sus días. Era infatigable jinete, apasionado por la caza, duro y fuerte para soportar las fatigas de aquel ejercicio, y mantenía caballos y perros al estilo inglés. Dicen que tenía sus excentricidades, pero que era amable y cortés, liberal y generoso.

Toda la familia Fairfax quería bien á Jorge Washington; pero quien se le aficionó de una manera especial, fué el noble Lord, porque encontró en él, además de los méritos que cautivaban el afecto de todo el mundo, aquellas cualidades que más en armonía estaban con sus gustos varoniles. Era en efecto JORGE muy amigo también de la caza, estaba dotado de fuerza hercúlea, y era tan buen cabalgador como el primero, igualando su destreza de jinete á su osadía. Cuenta uno de sus biógrafos que un día, bastante ántes del tiempo por donde vá nuestra relación ahora, montó un caballo de tan aviesa condición que se le reventó una vena con los esfuerzos desesperados é inútiles que hizo para derribarle y el furioso animal murió allí mismo. JORGE se disculpó humildemente con su madre por haber llevado á tal extremo la prueba de su habilidad, prometiendo no volver á hacerlo.

Fueron, pues, amigos y compañeros el viejo inglés y el joven colono, y juntos se entregaron muchas veces á su diversión favorita, prefiriendo casi siempre la caza del zorro, que era la más usada entonces en aquella comarca, y la que tenía también más atractivos para ambos, por ser la más difícil y peligrosa.

VI.

No pararon en esto los servicios que prestó el joven Washington al Lord Fairfax: hízole otro de más importancia que el de acompañarle en las cacerías. Las tierras del noble Lord no estaban medidas, y sucedía con ellas lo que con todos los demás terrenos concedidos en toda la América á los primeros colonos ó conquistadores: ni sus dueños ni nadie conocían sus límites. Era difícil, en efecto, determinarlos, cuando las concesiones los ponían entre dos ríos ó entre dos montañas, ó entre dos paralelos de

la esfera, según costumbre de entonces. La concesión que había heredado el Lord, comprendía todo el terreno entre el Potomac y el Rappahannock, pero no estaban fijados los términos por el lado de los Aléganis; aprovechándose muchos de esta circunstancia, iban ocupando las mejores tierras y estableciéndose en ellas como si fueran suyas. Quiso, pues, Lord Fairfax que se midieran y deslindaran, y que se dividieran en lotes y se levantaran los planos correspondientes, para arrojar de ellas á sus ocupantes sin título, (*squaters* que se llaman allí) ó arreglarse de algún modo con ellos; y como había tenido ocasión de observar los excelentes trabajos de agrimensura que por vía de ejercicio había ejecutado JORGE en Mount Vernon, y encontraba en él todas las demás condiciones que aquella operación requería, propúsole que se encargara de ella. Aceptada inmediatamente la proposición, y hechos á poco los preparativos necesarios para la marcha, Jorge Washington tomó el camino de las selvas, acompañado del joven Jorge Fairfax, en Marzo de 1748, al mes justo de haber cumplido diez y seis años.

La expedición estaba llena de dificultades y peligros. Era preciso andar á caballo todo el día por malezas y despeñaderos, atravesar vastos desiertos llenos de fieras y salvajes, comer mal, dormir peor, sufrir todas las inclemencias del tiempo, y arrostrar los odios de los *squaters*, gente por lo común desalmada y feroz, más temible á veces que los salvajes y las fieras. Todo, sin embargo, lo arrostraron el joven Washington y su compañero con buen ánimo y mejor talento.

Washington llevó un diario de la expedición con su acostumbrada minuciosidad y exactitud. Sus operaciones empezaron en la parte baja de aquel magnífico Valle que tiene por linderos, de un lado el Blue Ridge (*cumbre azul*) y del otro la cadena de los Aléganis. A lo largo de él corre aquel hermoso río, al cual dieron los indios en su poético lenguaje el nombre de Shenandoch, *la hija de las estrellas*. Es la comarca más deliciosa de Virginia, por su clima templado, sus tierras fecundas,

sus pintorescas colinas y sus magníficas florestas.

No todo fué, sin embargo, para Washington y sus compañeros, bellos paisajes y espectáculos encantadores. Casi nunca, mientras duró aquella primera expedición, encontraron cama en que dormir, y pasaban las noches al aire libre, al derredor de una hoguera, prefiriendo esto al detestable hospedaje de los campesinos, en cuyas chozas los ahogaba el humo, ó los devoraban insectos, ó tenían que acostarse "con el hombre, la muger, los hijos, los perros y los gatos," como dice el mismo Washington en una de sus cartas de entonces. Muchas veces tuvieron que cabalgar días enteros, empapados por tenaces lluvias, cruzando hinchados arroyos y torrentes; y cuando tenían que atravesar los grandes ríos, lo hacían en malas canoas ó balsas, llevando á nado los caballos detrás de ellas.

Una noche acamparon junto á un manantial de aguas termales, donde se formaron después los baños más famosos de Virginia, conocidos con el nombre de Baños de Berkley. En otra ocasión se les aparecieron treinta guerreros indios que llevaban una cabellera como trofeo, y ejecutaron su danza de guerra en torno de una grande hoguera, que se encendió para el caso, con sus espantosos ahullidos, sus formidables gestos y bárbaras contorsiones. Fué la primera vez que Washington presenció aquel espectáculo salvaje.

Hablando Washington de los trabajos de aquella comisión, dice en la carta á que aludimos ántes: "Nada puede hacerlos tolerables sino una buena recompensa. Un doblon diario es lo que gano siempre que el tiempo me permite salir, y algunas veces seis pistolas."

Por fin, después de hacer el apeo y deslinde de las tierras señaladas al efecto por el propietario para aquella primera expedición, Washington dió la vuelta para su casa, y llegó á Mount Vernon el 12 de Abril.

Altamente satisfecho quedó Lord Fairfax de la manera con que Washington había desempeñado aquella comisión; y el resultado de ella y de las noticias que le proporcionó sobre sus

propios dominios, fué que trasladara su residencia más allá del Blue Ridge en medio de los terrenos recién deslindados, á un sitio que se llamó y se llama Greenway Court.

Poco después fué nombrado Washington agrimensor público, y se tiene por probable que debió á la influencia de Lord Fairfax este nombramiento. Con esta nueva autoridad que ya tuvieron sus trabajos profesionales, continuó por espacio de tres años midiendo las tierras de su anciano amigo, dedicando á esta ocupación el buen tiempo, y pasando los inviernos, ya en Mount Vernon con su hermano Lorenzo, ya en Fredericksburg con su madre y demás hermanos, ya también algunas temporadas en Greenway Court, donde encontraba amena é instructiva conversación en compañía de Lord Fairfax y buenos libros que leer en su biblioteca, entre los cuales dice él mismo que leyó con cuidado la historia de Inglaterra y muchos artículos del *Espectador*.

Dicen los biógrafos que los conocimientos que adquirió Washington en su práctica de agrimensor, le fueron de gran provecho para sus intereses particulares; pues más tarde compró grandes porciones de terrenos públicos muy productivos, tanto que muchos de los mejores en el valle del Shenandoch están todavía en poder de varios de sus descendientes. Por lo demás, siempre fueron sus planos autoridad irrecusable por su corrección y exactitud, y muchas veces se ha dicho por personas competentes de los Estados Unidos que de todas las medidas y deslindes de tierras practicados entonces, los de Washington son los únicos que merecen entera fé y crédito.

VII.

Mientras él recorría los bosques y valles de Virginia dedicado á aquellas pacíficas ocupaciones, habíase formado una tempestad de guerra que amenazaba estallar entre las colonias francesas y las inglesas, con motivo de los inmensos terrenos que unas y otras reclamaban. Tratábase del vasto y rico territorio que se extiende de los lagos al Ohio. Los franceses alegaban como derecho el descubrimiento del Mississippi por el Padre Marquette, el cual los hacía dueños, no solo de las tierras adyacen-

tes al gran río, sino también, conforme á una doctrina de entonces, de todas las que regaran sus tributarios, entre los cuales se contaba el Ohio.

Oponían á esto los ingleses un tratado que habían celebrado en 1744 las colonias de Virginia, Maryland y Pensilvania con las seis naciones, ó sea con los Yroqueses, en virtud del cual, y mediante el pago de cuatrocientas libras, los indios les habían cedido la tierra al Oeste de los Aléganis, la cual les había sido cedida por sus antepasados.

No hay para qué discutir cuál de los dos títulos sea el mejor. El hecho es que cada una de las dos naciones se apresuraba en aquellos días, para hacer valer el suyo, á tomar posesión de las tierras disputadas. Los franceses del Canadá enviaron comisionados que clavaban planchas de plomo en los árboles y las enterraban en las orillas de los ríos, con inscripciones que decían pertenecer aquellas tierras á la corona de Francia. Los ingleses de Maryland y Virginia formaron la "Compañía del Ohio," á la cual pertenecieron Lorenzo y Agustín Washington, para establecer colonias en el valle de aquel río.

Unos y otros tomaron entonces también grande empeño por atraerse la amistad y alianza de los indios, enviándoles regalos de aguardiente ó tabaco, y haciéndoles seductoras promesas. Los indios por su parte, que llamaban *padres* á los franceses y *hermanos* á los ingleses, estaban entre sí divididos, inclinándose unas tribus á un lado y otras á otro, según las innovaciones del momento ó el recuerdo que tenían del trato que habían recibido de los blancos. Un jefe de tribus, un anciano *sachem*, que veía aquellas disputas, dijo un día: "Los franceses reclaman toda la tierra que está en un lado del Ohio, y los ingleses toda la que está en el otro. ¿Pues dónde está entonces la tierra de los indios?"

"¡Pobres salvajes! dice Irving. Entre sus *padres* los franceses y sus *hermanos* los ingleses estaban en camino de ser muy amorosamente despojados de todo el país."

Así fué, y así tenía que ser. Su sentencia estaba pronunciada desde que la raza de Jafet había descubierto la nueva tierra.

En cuanto á lo demás, aquellas disputas vinieron á parar en guerras sangrientas, cuyo resultado fué que perdieran los ingleses gran parte de sus posesiones americanas, y los franceses todas.

Los ánimos se habían agriado ya de tal manera en 1751, que pareció inevitable un conflicto, y por una y por otra parte se hicieron preparativos bélicos, siendo Virginia una de las colonias más entusiasmadas. Queriendo organizar y equipar convenientemente sus milicias para la probable lucha, dividió su territorio en distritos militares, cada uno con un ayudante general que tenía el rango de Mayor y un sueldo de 150 libras anuales; y como ya entonces Jorge Washington había dado muestras de inteligencia, instrucción, sólido juicio y aptitud para todo, aunque no tenía aún más que 19 años, á él se le confirió aquel destino.

Desempeñólo con su eficacia acostumbrada, y uno de sus primeros cuidados fué adquirir la instrucción teórica y práctica que había menester para ello. Dióse á leer libros de táctica y otros ramos militares: recibió algunas lecciones de su hermano Lorenzo: un tal Muse que había acompañado á éste en la expedición á Cartagena, le dió otras: y otro compañero también de Lorenzo en aquella ocasión, un holandés llamado Van Braam, le dió lecciones de esgrima, llegando Jorge á adquirir notable destreza en el manejo de la espada. Con esto, la tranquila residencia de Mount Vernont parecía haberse convertido en un campamento donde todo era ruido de armas y signos de guerra.

VIII.

Vino á interrumpir á Jorge en estas ocupaciones una pesadumbre doméstica, nuncio de otra mayor que le aguardaba. Su hermano Lorenzo, que había sido siempre de una constitución delicada, se enfermó del pecho; y después de haber cambiado varias veces de aires en las mismas colonias sin lograr alivio, resolvió por consejo de los médicos pasar el invierno que ya estaba próximo, en alguna de las Antillas. Eligió la Barbada, y quiso llevar consigo á Jorge.

Partieron, pues, los dos hermanos el 28 de Setiembre de 1751, y el 3 de Noviembre llegaron á la Barbada: viaje

que no pareció largo entonces, pero que se tendría por pesadísimo ahora que se hace por vapor en muy pocos días.

El calor tropical hizo bien por lo pronto á Lorenzo, y los dos hermanos contemplaron con delicia el espectáculo de aquella naturaleza espléndida, la vegetación exuberante, las cañas de azúcar, los verdes campos, los árboles cubiertos de flores y frutas en pleno invierno; cosas que no habían visto nunca en tal época del año, y que solo pueden verse entre los trópicos.

Jorge llevó un diario del viaje, según su costumbre, y en él habla de estas cosas y otras que llamaron su atención en la isla, entre ellas, de la profusión de frutas nunca vistas por él hasta entonces, y todas deliciosas, que se ponían en la mesa. Por el mismo diario sabemos también que la Barbada tenía ya entonces un teatro, y que en él presenció Washington por la primera vez una representación dramática. Fué la tragedia inglesa *Jorje Bornwell*; y dice él en su diario que el carácter del protagonista y algunos otros estuvieron bien representados, y que la música era adecuada y estuvo bastante bien dirigida.

A los quince días poco más ó menos de estar en la isla, cayó Jorge enfermo de viruelas. Estuvo muy malo, pero gracias á su buena constitución, á la asistencia médica, y á los cuidados de su hermano, sanó en tres semanas. Quedáronle sin embargo en el rostro algunas señales de aquella terrible enfermedad para toda su vida.

Después de su convalecencia visitó los lugares más importantes de la isla, informándose y tomando nota de todo. Admiraba la fecundidad de la tierra que apenas exigía trabajos para dar copioso fruto, pero más le admiró la imprevisión de los plantadores que por gastar sin tino más de lo que tenían no se aprovechaban de aquellas ventajas, y estaban siempre llenos de deudas. No podía comprender aquellos desarreglos que chocaban con sus principios y hábitos económicos, y expresó su asombro en el diario con enérgicas palabras.

Las esperanzas concebidas al principio sobre la salud de Lorenzo, no se realizaron; y cansado de aquella isla ó desesperando de aliviarse en ella, determinó trasladarse en la primavera si-

guiente á la Bermuda; pero no pudiendo soportar la ausencia de su esposa, dispuso que volviera Jorge á Virginia á buscarla para que se reuniera con él en aquella isla. Salió, pues, Jorge de la Barbada el 22 de Diciembre en un barco llamado la *Industria*, y llegó á Virginia el 1.º de Febrero, después de una tormentosa travesía de cinco semanas.

Lorenzo permaneció el resto del invierno en la Barbada, y á principios de Marzo se embarcó para la Bermuda. No encontró allí ningún alivio, antes bien las dolencias se agravaron; y á medida que su cuerpo se debilitaba, desfalleció su espíritu atacado por tristísimos presentimientos. Sus cartas revelaban una constante indecisión, sobre si permanecería ó no en aquella isla, ó se trasladaría á otra parte, obligando esto á su esposa y su hermano á no moverse mientras no supieran donde habían de reunirse con él. En su última carta decía que tal vez se apresuraría á regresar á casa, "en busca de su sepulcro."

Así fué. Lorenzo regresó á Mount Vernont en el verano de 1752, y murió poco después, el 26 de Julio, á la temprana edad de treinta y cuatro años. La enfermedad que le consumió, había hecho tales progresos, que solo le dió tiempo para cerrar los ojos bajo su propio lecho, rodeado de su familia y amigos. Dejó un considerable caudal, nombrando heredera á su hija única, y á su hermano Jorge uno de los albaceas de su testamento. En él dispuso, que si su hija moría sin sucesión, los productos de Mount Vernont y demás tierras serían para la madre durante su vida, y después de su muerte propiedad de Jorge. Este manejó toda aquella hacienda, aunque era el más joven de los ejecutores testamentarios, y lo hizo con la inteligencia, solícitud y discreción que todos reconocieron y admiraron en él desde sus primeros años.

Lorenzo Washington fué un cumplido caballero, dotado de alta inteligencia y noble corazón, y obtuvo siempre por sus bellas prendas, el cariño y el respeto de sus conciudadanos. Había sido miembro de la Cámara de los Comunes (*burgesses*) de Virginia, y Ayudante General de uno de sus distritos; y después, cuando murió el primer di-

rector de la *Compañía del Ohio*, Tomás Lee, fué nombrado Lorenzo para desempeñar aquel destino. Sus ilustradas ideas y su espíritu de justicia se revelaron entónces, á propósito de ciertos puntos cuestionables sobre la colonización del Ohio. Se trataba de realizarlo con alemanes de Pensylvania, obligándolos á pagar obvenciones parroquiales para mantener clérigos de la iglesia Anglicana, aunque ellos profesaban otro culto y ni siquiera entendían el idioma de tales pastores. Lorenzo quiso libertarlos de aquellas gavelas, y decia, entre otras cosas: "Siempre ha sido mi opinion, y espero que siempre lo será, que la opresion de la conciencia es cruel para los que la sufren, y dañosa al país que la impone;" y citaba despues á Inglaterra, Holanda y Prusia, que progresaban por la libertad, y sobre todo á Pensylvania, que era la admiracion de cuantos veían sus rápidos progresos, miéntras que Virginia, por causa de la intolerancia, se poblaba y crecía muy despacio.

Tales eran las ideas de Lorenzo Washington. Su figura es simpática y grata su memoria, para los que saben el cariño paternal que profesó á su hermano; y la historia guarda honroso lugar para su nombre, junto al nombre inmortal del primer hombre de América.

Todo lo que hizo Washington en su juventud, pareció dispuesto para prepararle al gran papel que la Providencia le destinaba en la edad madura. La caza, imágen de la guerra; los cuidados de la familia, imágen del gobierno; los trabajos de agrimensor, imágen de las durezas de la vida; todo fortificó su cuerpo, ilustró y templó su espíritu, formó su corazón y elevó su carácter á la altura que era menester, para que fuera un dia el primer capitán, el primer legislador, el primer hombre de Estado, el fundador en suma, de un pueblo.

ANSELMO DE LA PORTILLA.

LA MUERTE DEL IMPIO.

C'est ici le combat du jour et de la nuit.
VÍCTOR HUGO.

Revuelto el lecho, y en la helada frente
Un sudor más helado todavía,
Y con ansia sintiendo internamente
Algo cual la hoja de un puñal caliente
Que al ir hiriendo se tornara fría,
Así entre el ansia que el dolor provoca
Se extremece infeliz en aquel lecho;
El ahogado suspiro oprime el pecho
Y la sed quema la abrasada boca.
Ayer la vida le brindaba flores
Viendo el placer bien cerca ó á su lado,
Y hoy ocupa angustiado
El lecho del dolor y los dolores.

Ayer! pero ese ayer que el lábio nombra
Es la vida, la vida toda entera...
¡Qué rápida se huyó la primavera!
Cual nube, como nave, como sombra.
Ay, al borrar el iris sus reflejos
La realidad se muestra de repente;
La triste realidad está presente
Y léjos la ilusion... pero muy léjos.
¿Es que la tumba en su impaciencia espera?
¿Es que el poder gozar ha terminado?
No lo quiere creer, pero ha llegado
La verdad, de la muerte compañera.

Ahí están, él y Dios. Tan solamente
El y Dios. Si la cámara mortuoria
Se llena con la turba complaciente
Que lleva en pos de sí la humana gloria,
Para él no existe el mundo ni su gente,

Solos están Dios y él. Sus ojos cierra
Y cierra sus oídos
A la luz, á las voces, á los ruidos,
A todo lo que le hable de la tierra.
Y él se contempla como oscuro abismo
Y en Dios ve el bien que los espacios llena;
Quiere él huir de Dios que lo condena
¿Mas como desligarse de sí mismo?
De la dulce ilusion á la influencia
Ayer su vida entre las sombras crece,
Y hoy toda la ilusion se desvanece,
Se encuentran solos él y su conciencia.
Todo muere ántes que él. Contempla incierto
Que rodeado está por el vacío...
¡Oh, qué solo, Dios mio,
Qué solo se halla aquel que va á estar muerto!
El tiempo que pasó tiempo es perdido.
Vé bien que solamente no lo fuera
Si útil hubiera sido,
—Porque es nada la vida que se ha ido—
Para la eternidad que ya lo espera.
Y á Dios quiere volverse; y esta idea
A las suyas de niño se eslabona,
Y como entónces á su Dios desea;
Al Dios que al hombre con su amor corona,
Al Dios que acude siempre que lo llaman,
Al Dios que todo olvida cuando lo aman,
Al Dios que siempre por amor perdona.
¡Qué luz! ¡qué Sol! De nuevo la creencia
Verterá en su alma de la fé el tesoro,
Le parece que vuelve á la edad de oro,



Presb. Lic. D. RAMON VALLE.